

REVISIÓN DEL CASO DEL HOMBRE DE LOS LOBOS

Dr. Aniceto Aramoni

Nota introductoria

PRESENTAREMOS a continuación fragmentos del libro de reciente aparición: *Mister psicoanálisis*, del Dr. Aniceto Aramoni, publicado por Editorial Samo, S. A., México, 1973. Este estudio se ocupa de la historia del "Hombre de los Lobos", analizado por Freud, por Ruth Mack Brunswick y, de modo más o menos incidental, por varios otros analistas.

Toma como base para la investigación el libro *El hombre de los lobos por el hombre de los lobos*, que incluye una autobiografía escrita por S. P., Serge o Sergei, nombre con el que se le conoce en el curso del estudio; la *Historia de una neurosis infantil*, escrita por S. Freud; el *Suplemento a la historia de una neurosis infantil*, por Ruth Mack Brunswick y, finalmente, *La vida del hombre de los lobos años después*, por la doctora Muriel Gardiner, volumen publicado por Basic Books Inc., New York, 1971.

La selección de estas notas fue hecha tomando en cuenta lo que podría resultar más interesante desde el punto de vista teórico-práctico.

B) EL MEDIO SOCIO-ECONÓMICO-CULTURAL (¿Quién era?)

Nacido el 6 de enero del año de 1887 en Rusia, en una familia de individuos ricos, propietarios de tierras; de costumbres burguesas acomodadas, donde se acostumbraba el empleo de "nanas", de ayas o institutrices extranjeras, lo que presuponía el alejamiento de la madre, la educación un tanto alejada también de la tradición local rusa, con la utilización de idiomas extraños, de preferencia francés y alemán.

Los hijos estuvieron sujetos al influjo de varias institutrices de costumbres diversas, de lenguas extrañas, de neurosis múltiples; de hombres que funcionaban como instructores, con los mismos defectos, de iguales condiciones sociales que aquéllas, con problemas personales peculiares. Todos ellos, lo mismo institutrices que instructores, hubieron de influir de un modo o de otro en la educación, en las costumbres, en las creencias de los niños y luego de los jóvenes entregados a su cuidado.



Resulta claro que las encargadas de la educación y de la instrucción de ambos hermanos, produjeron algún impacto que se prolongó luego, en la vida futura de los jóvenes, objeto de nuestro estudio. La institutriz inglesa con sus preferencias francas, con la lucha y la rivalidad frente a la "nana" rusa, ignorante pero cariñosa, tuvo, por fuerza, que provocar dentro de los niños una situación de ambivalencia, de lucha, de tomar partido. De ansiedad quizá y de frustración tal vez.

Los niños permanecieron durante algunos años —los más importantes desde el punto de vista de su evolución psicológica— bajo la esfera de influencia de personas que no parecían tener un particular afecto o amor hacia ellos. En el curso de ese tiempo su madre no hacía acto de presencia como persona amorosa, dedicada a sus hijos; o bien, lo hacía de modo eventual, de tal modo que para el niño de *La neurosis infantil*, tales episodios eran fácilmente recordables y relatables. Lo mismo podría decirse del padre, lejano y ausente, con actitud afectuosa y actos de presencia ocasionales también.

Dentro de esa organización familiar, el dinero resultaba un ingrediente indispensable, abundante, objeto de dispendio y dilapidación. Ambos, padre y madre, sufrían de algo como una actitud displicente hacia el dinero. Recuérdese de parte del padre el incidente de las ovejas perdidas por un error de alguien, discípulo de las ideas de Pasteur. Pero al parecer no se hizo nada o casi nada, no se tomaron providencias posteriores a ese tremendo déficit. Cuando menos, no se menciona entre las memorias del "Hombre de los lobos".

Por lo que toca a la madre, debemos recordar el incidente de la perforación de pozos artesianos, por el tío vivales que pasaba la vida tranquilamente, sin hacer nada, y que un día pretendió tomar algunas medidas y nada más. Luego, este individuo se convirtió en huésped habitual por temporadas y al fin, terminó llevando al hijo de viaje, relatado todo con fruición y gracia por el personaje de *La neurosis infantil*.

Se trataba de un mundo de abundancia, de dispendio, de irresponsabilidad; parecía un grupo de personas ingenuas, como niños que hacían diabluras, que nada les importaba en verdad.

Hacían viajes acompañados de personajes. Siempre había una forma de dependencia fundada en el dinero; ya que los padres compensaban con ello la compra de servicio que ahora, a lo lejos, se nos antoja absurdo, innecesario y excesivo.

Se puede comprender que un niño primero, un joven con posterioridad, que viajaban con comitiva, con gente a su servicio, tales como ayas, que son las responsables de su salud y de su integridad física, lleguen a sentir y a estar seguros de su

propia importancia, especialmente ante un grupo de nivel socio-económico inferior.

Por otra parte, pueden llegar a sentir y a conocer un sentimiento de inferioridad, de inadecuación, complicado con narcisismo intenso, luego que se enteran y sufren en carne propia, el abandono de los padres, a quienes no parecen interesar, importar; que los ponen bajo el cuidado de extraños mercenarios, que los envían a cualquier parte acompañados de ellos, con quienes no tienen puntos de contacto; que no se conocen entre sí, que no sienten el cariño, que están solos en un grupo familiar.

Lo único que pueden disfrutar sin tasa es el dinero. Éste existe en abundancia y se entrega de modo pródigo; lo que termina por hacer sentir al niño y al joven que eso va por descontado, que no hace falta preocuparse por ello, tampoco prepararse para ganarlo algún día, por su propio esfuerzo.

El dinero se convierte, pues, en un signo de amor, el único tal vez. Vale recordar la cólera que nuestro personaje manifestó al recibir un regalo durante la Navidad, cuando a él le correspondían dos por tratarse de que era también su cumpleaños;⁵ entonces, no debería recibir lo mismo que su hermana, por ejemplo.

Dentro del modo de vivir de esa familia rusa de potentados, el desapego parecía ser el común denominador de los padres. No se estableció, sino de manera incidental, el contacto entre padres e hijos. Pero cuando la hija se suicidó, apareció otra manera de entrar en contacto: en función de la muerte. Ésta resultaba un aspecto muy significativo, en relación con el traslado del cadáver y con la necesidad de enterrarlo en un sitio tradicional, haciendo que permaneciera junto a ellos no obstante las molestias y los inconvenientes que pudiera ocasionar todo ese tránsito.

Este joven de la historia de los lobos vivió solo, con una hermana de carácter dominante, con aparentes rasgos masculinos, que era agresiva para con él, que jugaba a atormentarlo por el miedo que provocó al "condicionarlo" por medio de una ilustración de un lobo sustentado por las patas traseras, levantando las delanteras y mostrando las fauces abiertas, los dientes y un aspecto feroz. Su hermana, por otra parte, funcionaba como favorita de la institutriz inglesa y luego también lo fue de uno de los instructores, el que se enamoró de ella y cometió el error de manifestarle sus intenciones.

S. P. no contó sino de manera esporádica con su padre, al

⁵ Nació el 24 de diciembre, Navidad. Según el Calendario Gregoriano corresponde al 6 de enero de 1887.



igual que con la madre. Fue dejado al garete, a sus propios pensamientos, a sus escasas posibilidades.

Inconsistente, rodeado de depresión, de irresponsabilidad, de desamor, de algo que podría llamarse "estira y afloja", influido por gente inglesa, rusa, francesa y alemana; con una familia colateral llena de chiflados y de enfermos muy seriamente enfermos; con un padre que se hospitalizaba cada vez que se deprimía, nuestro personaje no se enfermó de modo serio, permanente, que hiciera pensar en una depresión psicótica, de tipo endógeno, de grandes periodos de evolución, o bien en algo de carácter cíclico franco.

Podría decirse que sufría tristeza, algo como *spleen*, lo que luego llamaron neurastenia; que por otra parte sería susceptible de ser atribuida a la adolescencia, a su soledad, a la falta de contacto humano, a la frialdad del ambiente que lo rodeaba, completamente artificial, como de una opereta, tal como de la Bella Época. Luego, al llegar los episodios trágicos de la Primera Guerra Mundial, de la Revolución Rusa, y finalmente las crisis consiguientes y lo derivado de la Segunda Guerra Mundial, S. P. no tomó conciencia clara de lo que ocurría; no se interesó de modo radical, profundo, en lo que estaba aconteciendo en el mundo; no se le ocurrió pensar en el futuro de la humanidad, en las consecuencias, en la desaparición del mundo romántico que había vivido. Siempre mostró desinterés o frialdad ante los problemas sociales.

Dentro de una sociedad que llegaba a su fin, paralelo a crisis socio-económicas aterradoras, él vivía dentro de su morriña, en medio de su infantilismo; hipocondriaco moral pendiente de su propio interior, del contenido de su piel; esperando ayuda exterior de una o de otra forma, costara lo que costara, viniera de donde viniera. En Rusia, en el centro de Europa, con los mejores psiquiatras de su tiempo —Ziehen, Kraepelin— pasaba temporadas en los sanatorios lujosos, en lugares de descanso donde los ricos sacudían o cultivaban, alternativamente, su neurosis, su aburrimiento vital, su desinterés absoluto por las ocurrencias del universo, su improductividad y pereza extremas.

Vale la pena expresar aquí el hecho paradójico y doloroso de algunas de las circunstancias de este hombre: los países de Europa, Asia y América, luchaban entre sí, tratando de acabar con los enemigos. El hambre, la enfermedad, la mutilación, los movimientos sociales revolucionarios, los cambios radicales que se buscaban estaban latentes. Muerte y dolor en cientos de miles y de millones; el universo convulso. Mientras el niño de *La*

neurosis infantil se nutría de sus pequeñas cosas, intrascendentes, verdaderas minucias frente a una realidad de espanto.

Es muy respetuoso sin duda ocuparse de un individuo muchos años si es preciso, con el objeto de salvarlo. El psicoanálisis pretende tal cosa y en ello va gran parte del mérito de Freud, su creador. Pero no deja de sentirse como desubicado en este caso, algo que podría calificarse de pobrediability alimentado por cuando menos tres analistas.

Este joven ingenuo, fantasioso quizá y bastante irreal, cuando se encuentra en apuros económicos y no encuentra cómo resolver el problema de su dinero, para hacerlo producir, para protegerlo y protegerse, se hace aconsejar por otro hombre carente de seriedad, o bien, explotador y manipulador, que le aconseja ¡jugar en una mesa de bacarat!, y la sugerencia es seguida al pie de la letra. Nunca dejó de ser un niño influible, hambriento de ayuda, incapaz de resolver su propia vida, lo mismo a los cuatro años que a los setenta.

Es impresionante la falta de realismo, la incapacidad para relacionarse con los hechos que le rodean, la falta de objetividad, el infantilismo irresponsable de sus decisiones, lo mismo para jugar —como ya dijimos antes—, que para cambiar su dinero en la postguerra, entregando las coronas al primer oficial a quien le pareció prudente hacerlo, para eludir la confiscación; como al enfrentarse al episodio de la comunicación con su esposa informándole de sus intenciones suicidas. También frente a los rusos, cuando lo descubren pintando esa especie de edificio semiderruido donde se aposentaban los militares, y todo lo que sigue: regresar después de 21 días, siguiendo órdenes de tipo cómico, quizá burlonas, con sus pinturas para mostrárselas, después de sufrir angustia grave durante ese lapso de espera.

Toda esa actitud es una mezcla de aspectos dramáticos y cómicos; un melodrama parece ser la vida de este hombre analizado tres veces, mimado y protegido por el gremio que lo consideraba y que lo considera, como una de las joyas del museo psicoanalítico, de igual valor que la Roseta, que la escultura de Tutankamen o la Venus de Milo

C) ¿SE TRATABA DE UN ENFERMO OBSESIVO-FÓBICO?

No es mi intención objetar el diagnóstico de Freud, ni poner en predicamento todo lo concerniente a las razones de la calificación del "Hombre de los Lobos". Sólo deseo llamar la atención sobre lo relativo a la frecuencia o infrecuencia de los rasgos obsesivos en los niños de cierta edad y en la conveniencia o inconveniencia de revisar la exactitud de los diagnósticos. De



la petrificación ocasionada por ponerle nombre a una forma de ser, de vivir, con lo que se consigue mantener inmóvil y congelado el estado de una persona determinada, impidiendo así la comprensión de ciertos dinamismos psíquicos, útiles para entender la secuencia de una neurosis, la integración de una cosmovisión más o menos enfermiza y, al fin, la posibilidad de transformar para curar, un proceso que no está cristalizado sino que se está haciendo y que tiene características de cambio y de empeoramiento o de curación.

Desde ese punto de vista puede decirse que S. P. era un niño lleno de problemas dependientes de la forma de vida que llevaba: abandonado, solo, entregado al cuidado de una mujer que no era su madre, sin contacto o casi mínimo con el padre y con la madre, en relación cercana con una hermana mayor dos años y medio, dominante, un tanto agresiva y ocasionalmente rechazante de su propia feminidad.

Su nana era una mujer religiosa, pero a pesar de serlo no se sabe que haya influido en primer término sobre su protegido, para interesarlo o instruirlo sobre aspectos de esa índole. Fue su madre la que se encargó de hacerlo cuando aún era muy pequeño.⁶

Freud, en su estudio sobre la neurosis infantil de S. P., dice en relación con estos mismos hechos: "De todos modos, las confesiones que siguen justifican la hipótesis de que en aquellos años padeciera una evidente neurosis obsesiva. Contaba, en efecto, que durante un largo periodo se había mostrado extraordinariamente piadoso. Antes de dormir tenía que rezar un largo rato y santiguarse innumerables veces, y muchas noches recorría la alcoba cargando una silla en la que se subía para besar devotamente todas las estampas religiosas que colgaban de las paredes. Con este acto piadoso ceremonial no armonizaba en absoluto —o quizá armonizaba muy bien— otro recuerdo, referente a la misma época, según el cual se complacía muchas veces en pensamientos blasfemos que surgían en su imagina-

⁶ "Fue mi madre quien primero me enseñó algo acerca de religión. Había visto un libro con un dibujo en la cubierta del reformador checo Huss al ser quemado en la hoguera, y yo le pregunté a mi madre sobre lo que significaba ese dibujo. Mi madre aprovechó la pregunta para explicarme los aspectos más importantes de la religión cristiana. Me impresionó todo lo que aprendí sobre el sufrimiento y la crucifixión de Cristo. Como mi Nanya era muy devota y algunas veces me contaba relatos de los santos y de los mártires, gradualmente me convertí en muy religioso y principié a interesarme en la doctrina cristiana. Pero pronto empecé a dudar; ¿por qué, si Dios era tan todopoderoso, la crucifixión de su hijo era necesaria, y por qué, a pesar de su omnipotencia, había tanto mal en el mundo? Traté de suprimir estas dudas, pero volvían de nuevo a asaltarme. Fue una gran tortura, porque sentía que este dudar era un pecado terrible." (p. 9.)

ción como inspirados por el demonio. Así, cuando pensaba en Dios asociaba automáticamente a tal concepto las palabras *cchino* y *basura*. En el curso de un viaje a un balneario alemán, se vio atormentado por una idea obsesiva: cada vez que veía en el camino tres montones de estiércol de caballo o de otra basura cualquiera pensaba en la Santísima Trinidad.

"Por ese entonces llevaba también a cabo un singular ceremonial cuando veía gente que le inspiraba compasión: mendigos, inválidos y ancianos. En tales ocasiones tenía que espirar ruidosamente el aire aspirado, con la cual creía conjurar la posibilidad de verse un día como ellos, o, en otras circunstancias, retener durante el mayor tiempo posible el aliento. Naturalmente, me incliné a suponer que estos síntomas, claramente correspondientes a una neurosis obsesiva, pertenecían a un periodo y a un grado evolutivo posteriores al miedo y las crueldades contra los animales."⁷ (S. Freud, *Obras completas*, pp. 697-698, Bib. Nueva, 1948.)

Como dije al comenzar este capítulo, la intención de corregir diagnósticos está fuera de orden, y que no se trata de hacerlo; sólo quiero decir que parece que la sintomatología "obsesiva", por llamarla de algún modo, resulta bastante frecuente durante la infancia; a tal grado que habría que preguntarse si estadísticamente es más frecuente que la haya en vez de que esté ausente; lo que nos obligaría a pensar que casi todos los niños son obsesivos, o bien que se trata de un probable paso por una senda con características "obsesivas", pero de cierta normalidad.

Por otra parte, es prudente afirmar que por lo general desaparecen estos signos o rasgos al llegar a una determinada edad dentro del proceso de la adolescencia. Que lo habitual es que desaparezcan sin dejar grandes cicatrices; que en aquellos casos que permanecen así, constituyen en el transcurso del tiempo los propiamente llamados neuróticos obsesivos, que sufren ese tipo de padecimiento de gravedad, que como se sabe es difícil de curar y que aun empeora con los años, hasta llegar a imposibilitar la vida de los que lo adolecen. Tan grave puede ser la enfermedad, que ocasionalmente puede confundirse con psicosis o plantearse la duda de tipo diagnóstico, e incluso ser todavía más grave que algunas psicosis.

Pero lo que interesa desde el punto de vista del paciente que nos ocupa, es lo relativo a las razones por las que pudo organizar esa especie de neurosis obsesiva, o mejor, esa conducta

⁷ "Hacia los ocho años desaparecieron todos los fenómenos que el paciente integraba en aquella fase de su vida que se inició con la alteración de su carácter..." (*Obras completas*, p. 698, Edit. Bib. Nueva, Madrid, 1948.)



obsesiva que no duró un lapso prolongado y que al parecer curó espontáneamente.

El problema de la culpabilidad se mezcla con frecuencia con los aspectos relacionados a la escrupulosidad, al deseo o a la compulsión de limpieza, de perfección, de orden y quizá a lo religioso en alguna forma.

Quiere decir que los conflictos de tipo moral que ocurran en determinada edad —en este caso sería en la infancia— pueden hacer que se transforme la actitud de un niño ante la existencia, que en el caso particular incluye padre, madre, hermanos, sociedad y escuela, cuando menos.

¿La sexualidad tiene que ver directamente con tales resultantes? ¿Es causa o efecto? ¿Es ambas cosas? ¿Resulta más importante, o mejor dicho, causal, el sexo sobre la moral? ¿La implicación moral determina la modificación en la actitud sexual?

Si se toma el partido de atribuir a la organización sexual todo lo que pudiera ocurrir en un niño como S. P., estaríamos simplificando al extremo la dinámica de la neurosis obsesiva. En el caso particular resulta muy claro que no hay justificación para hacerlo así: no puede probarse de modo eficiente que haya asistido al acto sexual verificado entre padre y madre en las circunstancias que Freud supone, lo que permitió que este niño de 18 meses pudiera ver la diferencia estricta entre hombre y mujer, guardar en su memoria todo lo referente y al fin, cuando ocurre el sueño de los lobos, hacerse visible la situación traumática, que a los 23 años investigará Freud y convertirá en la piedra angular de todo el proceso neurótico.

Parece una secuencia un tanto absurda y Freud tampoco estaba seguro de tal planteamiento; así que prefiere decir que no resulta importante que haya visto o no tal escena y que bastaría con que al paciente le pareciera haberla visto, ya que la fantasía actuaría en este caso como si fuera la propia verdad.

Una fantasía podría actuar como si fuera la propia verdad en condiciones especiales, si fuera vívida, intensa, traumática. Es decir, en circunstancias especiales y con un influjo importante en ese caso preciso; pero de ninguna manera podría atribuirse al hecho una relación causal para la generalidad, o tomarla como base para una afirmación estadística.

Deseo ser muy preciso en lo que afirmo: influiría la situación misma por traumática; pero no sería la base etiológica demostrable como conclusión, para una teoría general como la que Freud pretendió construir.

O sea, en el primer caso, ante una escena novedosa, extraordinaria, inhabitual, incomprensible, la reacción podría ser de asombro, de susto, terror, ansiedad, extrañeza y producir un

efecto de lo imprevisto y dramático; sería causal por así decirlo. En el segundo caso, si el niño produjera una fantasía sobre el mismo asunto, estaríamos ante algo consiguiente y no primitivo o causal; el niño crearía una fantasía porque está preparado para ella, para dramatizarla; porque existe dentro de él, de su psique, el motivo, aquello que puede dispararla. Esto es, haría una fantasía sexual porque tiene con qué hacerla *a posteriori*. Sería efecto y no causa.

Lo que quiere decir que en un caso sería el sexo mismo *per se* el que motivaría los resultados; en el otro, podrían hallarse razones de índole moral, cultural y social como causantes.

De cualquier forma no está demostrado que los hechos hubieran ocurrido como Freud los supone. Es un caso de reminiscencia obtenido por el análisis tardío; dato inseguro que no prueba nada; que tampoco fue comprobado.

Además, parece un tanto exagerado que un niño de 18 meses pudiera integrar una situación así; pero aun más, suena inconcebible que pudiera, a esa edad, organizar una fantasía de tal complejidad. Todo impresiona como inaceptable.⁸

Sabemos que S. P. era un niño abandonado y carente de amor paterno y materno; niño violento y voluntarioso, capaz de organizar pataletas y berrinches serios. Que rivalizaba con la hermana y disputaba por el amor de los padres con ella; que tenía una especie de guerra con una separación franca por bandos; que se trataba de un niño un tanto celoso, a quien le agradaban los regalos y que en alguna ocasión importante se disgustó en forma intensa porque sólo le obsequiaron uno, cuando le correspondían dos, por coincidir Navidad y cumpleaños.

También conocemos el incidente en que su hermana lo engañó y lo frustró al ofrecerle algo agradable y presentarle en su lugar la imagen de un lobo parado sobre sus patas traseras y en actitud de agresión. A través de Freud nos enteramos que al morir la hermana de S. P. mostró frialdad y despego porque no le afectó el suicidio de ésta; por el contrario, se alegró en cierta medida por la desaparición de una competidora y copartícipe de su herencia, que por esa razón, le pertenecería a él solo.

Si reducimos nuestra observación a los primeros años de su

⁸ Dice Freud: "Considerando la conducta del niño de cuatro años ante la escena primordial reactivada y recordando las reacciones mucho más simples del niño de año y medio, al presenciar dicha escena, no podemos rechazar la hipótesis de la actuación de una especie de conocimiento previo, difícilmente determinable, semejante a una preparación a la comprensión. Es totalmente imposible imaginar en qué puede consistir este factor, y lo único que podemos hacer es compararlo al más amplio conocimiento instintivo de los animales." (op. cit., t. II, p. 749.)



vida, podemos concluir que no tenía nada más que a Nanya. Sus padres podrían constituir motivo de odio o de hostilidad, en virtud de que no se interesaban por él y lo tenían prácticamente abandonado. En tales condiciones, es posible pensar que pudiera producir malos pensamientos y peores deseos en relación con ellos, lo que no estaba permitido por la cultura, la familia y por la religión que ya para entonces ejercía influencia respetable sobre su conducta y sus actitudes.

La religión pudo influir de modo determinante por su contenido, por su mensaje y por sus implicaciones. Por lo que sabemos, se trataba de un niño crítico que no aceptó de modo fácil lo que se le enseñó sobre Cristo, Dios y su sacrificio, así como el mal existente en el mundo y la injusticia. Dentro de este contexto estaban incluidos los humildes y los pobres de espíritu; Nanya podría significar para él uno de esos espíritus; sus padres, por otra parte, podrían integrar el otro grupo, al que tampoco pertenecía, y ellos enseñaban una religión que no cumplían.

El abuso sobre Nanya y los siervos que abundaban en la finca, la situación dramática de tantos miserables que estaban en contacto directo o indirecto con él, tuvo que influir sobre sus opiniones, sobre su concepto de la religión y de aquellos que la enseñaban, la transmitían y no la cumplían.

No es de extrañarse que pudiera influir sobre un niño de cierta sensibilidad, lo que ocurría a su alrededor. Al enjuiciar a sus padres por mentirosos, por injustos, por no cumplir con aquellos preceptos que a él lo habían conmovido y puesto en condiciones de crisis, no es raro que pudiera tener pensamientos de castigo, de insulto, de hostilidad y hasta de odio y destrucción contra aquellos que eran sus padres, a quienes debía amor y obediencia; y, consecuentemente, sentirse malo, pecaminoso. En tal virtud había que hacer penitencia para librarse de los sentimientos de culpa, tornarse escrupuloso, mostrarse ritualista, compulsivo y lleno de dudas y recurrir al conjuro de la divinidad para purificarse y evitar el castigo; hacerse religioso, obsesivo-compulsivo en una palabra; llenarse de angustia y de temor a la represalia divina, pues no hay que olvidar que uno de los mandamientos básicos es aquel de: "Honrarás a tu padre y madre."

No resulta fácil entender lo que ocurre cuando alguien se enfrenta a pensamientos de tipo profano, vergonzantes, intolerables; no existen explicaciones de tipo general que pudieran utilizarse en cualquiera de los casos donde se instalan tales pensamientos; más bien, precisa establecer en cada individuo particular la peculiar psicodinamia.

Quizá puede hacerse la afirmación de que en el caso de presentarse ese tipo de pensamientos perturbadores y obstructivos, lo que sucede es que el mismo individuo, en condiciones de ambivalencia irresuelta, tiene que funcionar como campo de lucha de dos fuerzas diferentes; dentro de la reverencia de la oración dicha en forma más o menos convencida y sincera, interfiere la duda, la irreverencia y la condición ridícula y rechazante. La mente funciona como un campo de batalla donde se ventilan criterios opuestos, antípodas. Podría ser la lucha de lo aprendido, obediente, socialmente aceptado; contra lo espontáneo, rebelde, individualmente correcto.

Es factible pensar que en algunos casos el individuo no podrá salir de esa duda, ambivalencia e irresolución; sobrevendría justamente la neurosis impulsiva-compulsiva grave, limitante de la vida en grado muy serio. Podría preceder a un proceso esquizofrénico o convertirse en él; o ser el antecedente previo, "como obsesivo", de la esquizofrenia.

En otros casos, las condiciones genéticas, estructurales, constitucionales del individuo, más la dotación adquirida por el influjo de alguna persona, o bien, por circunstancias vivenciales específicas, por un cambio en la forma de vivir merced a algún acontecimiento determinante, son factores que podrían causar la curación, o bien propiciarla. Como si se tratara de alguna curación espontánea por crisis o por lisis. Desaparecería así la sintomatología más grave, y el individuo elegiría la polaridad que le pareciera mejor, adoptando, en el caso particular, la alternativa de abandonar la religión como organización burocrática-administrativa- autoritaria, y se adaptaría a un género de existencia distinta.

Para eso se precisaría de la disminución o de la desaparición de los sentimientos de culpa, por pecado y por desobediencia. Las razones últimas en el caso de S. P. no son conocidas; sólo sabemos que los síntomas desaparecieron casi por completo a los ocho años, aproximadamente.

El problema de la duda obsesiva, que alterna entre dos o más posibilidades, puede considerarse una manifestación enfermiza de una cualidad importante del hombre inteligente, sólo que llevada a extremos patológicos y paralizantes.

Si dentro de este conflicto de duda prevalece la parte sana en el individuo, esto es, aquella que va en favor de su desarrollo, de su objetividad y finalmente de su productividad, la persona cura, " eligió bien, optó por lo que estaba en su favor, lo que iba en provecho de su maduración y de su integración sana dentro de la existencia. Si prevalece lo insano, lo que va en favor de intereses extraños a él, sea de índole social, familiar



o paternal, lo enajenado de sus propias capacidades, lo maligno, por decirlo así, que no tiene que ver con su propia esencia, que no busca su propio bien, su satisfacción, entonces no curará, se mantendrá dentro de la duda, de la enfermedad de la duda, que podrá irse agravando con el transcurrir del tiempo.

¿El acto sexual, la percepción de ello podrá producir una enfermedad? ¿Se trata de lo traumático de ver y de afrontar algo desconocido, para lo que no se está preparado? ¿Es lo que no se entiende, lo novedoso y extraordinario lo que desconcierta? ¿Es asunto de sexo o bien se trata de un problema moral? Permanece ahí, vigente, la duda sobre la etiología y la causalidad.

¿Por qué duda alguien? Tal vez se trate de un problema de inteligencia y uno de inseguridad. Siempre que hay cuando menos dos opciones, es preciso escoger una y aplicar el esfuerzo para la realización de ésta; y la elección debe ser la adecuada, la conveniente, la debida. La inseguridad parece ir detrás de la inteligencia y como un segundo paso; aunque no necesariamente tiene que ser así. La inseguridad tiene un ingrediente de otra índole: la emoción y, en algunos casos, la irracionalidad. Puede ocurrir que el asunto a elegir sea emocional e irracional, lo que hace más difícil la elección. Digamos que es más fácil optar por una alternativa cuando se plantea un problema de erudición, de conocimiento, de inteligencia; pero que es mucho más complejo elegir si lo que se está planteando es emocional, es irracional en alguna medida, y si tiene que ver con el carácter de quien tiene que optar.

En el caso de S. P., las cosas sucedieron de un modo particular: su madre inició la instrucción religiosa que luego Nanya prosiguió en forma de cuentos y otros relatos. La actitud de Sergei fue interesada al principio, pero parece que se tornó crítica muy pronto y comenzó a dudar y a hacerse preguntas incontestables.

El pequeño de unos cuatro años y medio, según datos tomados de Freud, adoptó una actitud crítica ante la religión; entró en una condición de duda y hasta los ocho o diez años presentó una especie de conducta obsesiva, relacionada con la religión y una actitud ritualística también dependiente de los aspectos sacros.

El niño parecía bastante crítico y aplicaba una forma de escrutinio al farrago de datos y relatos que le transmitían. Ese espíritu crítico lo hacía dudar de algunos hechos que otros aceptaban porque sí; como su nana y su madre, por ejemplo.

La duda a que nos referimos colocaba al niño frente a la tesitura de aceptar sólo cosas racionales; de ahí sus preguntas

sobre el poder de Dios y el abandono de su Hijo, la sumisión a los enemigos y la abstinencia de emplear el poder divino para mostrar esa fuerza a los enemigos. Las preguntas sobre si tenía trasero Jesús, si defecaba y otras más.

Al llegar a esta información vale preguntar: ¿Por qué un niño debe comprender la abstracción de Cristo? Es más fácil que entienda algo concreto, como el hombre de carne y hueso, similar a él, que va al baño, tiene trasero, come. Lo irregular sería que asimilara esa abstracción a la manera de un adulto bien dotado intelectualmente, o de un psicoanalista sensible. Quiere decir que al sublimar el concepto estaba "concediendo" a la opinión de los otros, a la social o familiar; mediante el empleo de la autoridad, los sentimientos de culpa, la sensación del pecado. En suma, una concesión al consenso social.

Si el niño inteligente y crítico actúa así, lo más probable es que critique y ponga en duda el contenido de una afirmación que lo sorprende, que desconoce, que disiente de un pensamiento simple, directo, elemental. Cristo debe ser un hombre y como tal, hacer todo lo que un hombre hace o puede hacer. Abstraer de esa figura una suprahumana, parahumana, es más difícil e ininteligible. La obsesividad, o la conducta obsesiva, o la solución obsesiva, sería como una especie de claudicación hacia el pensamiento convencional familiar. Estaría dentro del terreno de la simbología compleja, de la magia, de algo extraño.

Si agregamos a todo esto que la conducta de los que predicar no tiene nada que ver con lo predicado; si actúan de manera extraña, tan alejada a los propios preceptos, la situación del niño de mente clara, diáfana, espontánea, se ve comprometida en un asunto de irrealidad y de mentira, de distorsión. Si se acepta, finalmente, este arreglo, el niño comenzará a vivir dentro de la enajenación, hasta aceptar al fin la derrota total; que puede ser la de aceptar su maldad, la pecaminosidad, la culpabilidad y principiar la purificación, el conjuro, propiciar a Dios.

Al claudicar su razón, su imaginación, su espontaneidad y su juicio, estará dentro de la obsesión-compulsión o la locura.

El único instrumento al alcance de un niño para comprender el universo es la inteligencia; su única fuerza consiste en *entender*, ya que no puede manejar. Debe suponerse que ante una situación dada, ante una afirmación y un hecho, empleará su capacidad de entender.

Durante la educación y el crecimiento, los maestros y los padres emplearán ciertos sistemas, que por lo general están peleados con el empleo de la razón, o bien, son influidos por matices utilitarios, de manipulación, de engaño, de racionalización, por oportunismo. Así pues, llegará un momento en que entrará en



conflicto lo que el niño entiende con lo que le están diciendo que es. Si el niño persistiera en afirmar aquello que piensa y lo que entiende, entraría en conflicto con lo que opinan los "mayores". Si persevera a pesar de lo que digan o piensen los otros, será un niño excepcional, sano y fuerte, seguro de sí mismo. Si cede ante la opinión de los otros, a pesar de lo que piensa, tendrá que hacer algún arreglo para no enloquecer. Pensará tal vez que se equivocó, que es torpe, estúpido, malo; así justificará que los otros tengan la razón. Deberá distorsionar su pensamiento o sus conclusiones sacrificándolas para obtener aprobación, amor, aceptación. De ese modo prevalecerán factores que impedirán el empleo correcto de la inteligencia y de la razón, del juicio. Se confundirá lo verdadero con lo aceptable, con lo que opinan los "mayores". Pero al mismo tiempo, no desaparecerá su capacidad de pensar, no se nulificará; sólo perderá fuerza, seguridad, y estará ahí, agazapada, subordinada, como secundaria o subalterna. Eso producirá inseguridad y duda, soluciones de compromiso, "nudos" muy difíciles de deshacer.

Resulta muy grave confundir la verdad con la aceptación; la razón con la moral convencional; convertir en sinónimos la obtención del amor con aprobación por una parte y la confirmación de que se es bueno por otra. Aceptar la aplicación del criterio de quien posee edad, autoridad, consanguinidad; aceptar a los padres o a los maestros convencionales como poseedores de la verdad, de la razón y de lo bueno.

Permitir la confusión entre verdad y aprobación amorosa, entre concesión para lograr afecto y sacrificio del propio juicio; esto es, permitir que interfieran con asuntos relacionados con la verdad otros relativos a la emoción, a la manipulación, a la autoridad.

El problema de la verdad podría tener dos alternativas, que tienen que ver con el hecho de ser cierta o no serlo; nada tiene que hacer con la persona que posea esa verdad ni lo que vaya a hacer con ella. Si la dice un loco, un tonto o un niño, es indiferente. Si un padre, una madre o una autoridad dicen algo, no por ser quienes son, lo dicho por ellos será cierto o será la verdad.

Otra cosa es la verdad de la vida de una persona; la consistencia entre lo que se hace y lo que se dice, entre lo que se piensa, se cree y lo que se actúa. Otra, la congruencia, la integridad de la vida de alguien, en relación con lo que predica.

La paternidad, la maternidad, la autoridad en general, no avalan, no garantizan la posesión de la verdad. No puede apoyarse un razonamiento cualquiera, una afirmación que se pretende verdadera, con el argumento de la paternidad, de la materni-

dad o de la autoridad. Están en dimensiones distintas.

La posesión de la verdad no debiera causar pudor, vergüenza o humillación. Si estar seguro de algo significa perder la estimación de alguien, quien a su vez significa mucho para uno, la rectificación deberá ser en el sentido de que no vale la pena conservar el aprecio de quien lo quiere; si se rectificara la verdad, si se aceptara que habría que sacrificarla para conservar la estimación, eso sería una traición de consecuencias imprevisibles para el resto de la vida. Equivale a prostituirse en forma inicial, cuyo pronóstico no puede determinarse.

En algunos hogares plantear dudas, presentar objeciones, objetar y negar, son vistos como algo indebido por parte de los padres; sufrido como algo digno de censura, causante de inseguridad, provocador de sensación de pecado, de ser malo y causante de minusvalía, por parte de un hijo.

La manipulación y la violación de la mente de un niño es algo habitual dentro de la organización familiar. Pero cuando eso sucede dentro de la organización social, por el abuso de la autoridad policiaca contra individuos adultos que disienten o que son enemigos ideológicos, es visto como algo intolerable, abusivo, vituperable.

Esto podría conducir a la idea de que un niño es propiedad de una familia que puede hacer de él lo que le plazca sin que haya quien proteste o quiebre una lanza por él. No puede ignorarse el hecho de que quien es tratado como cosa y como objeto que se puede manipular, sienta que lo es, acepte que lo es y al fin se comporte como si lo fuera.

Con base en todo lo expuesto con anterioridad, podríamos decir que S. P. fue abandonado por padre y madre en manos y mente de una mujer del pueblo que los sustituyó. Que no podría haberse explicado el abandono sino por razones de índole paterna y materna; que en virtud de que el enjuiciar a los padres no era permitido dentro de su mundo, y menos aún al iniciarlo dentro de la religión cristiana, tuvo que hallar una solución aceptable desde el punto de vista de la moral convencional, y "salvar" así a sus padres; esa solución podría ser la de aceptarse como malo, inadecuado, inmerecedor de amor, pecaminoso. La duda sobre la religión viene después, cuando su pensamiento—no desfigurado aún de modo grave—rechaza las teorías religiosas por inaceptables desde el punto de vista del juicio, o cuando menos dudosas e inexplicables. Esta lucha, la duda, la inseguridad y la angustia, la ambivalencia, determinan la condición obsesiva ritual, la de buscar apaciguar a Dios, conjurarlo. Pero no es tan fácil sacrificar el pensamiento, por eso es que permanece dentro de él esa duda, la cólera, la angustia; de ahí



la lucha entre lo profano y lo sagrado, las blasfemias y la preocupación constante por asociar a Cristo con la porquería, el excremento, la basura.

En cuanto encuentra personas que no están dominadas por los conceptos religiosos, como uno de sus tutores o los dos, la influencia de ellos agregada a sus propias dudas, con el añadido emocional de tener la aprobación de quien representa la autoridad o funciona como subrogada, todo eso reunido determina un aumento de su seguridad, de la confianza y de la aprobación, lo que lo fortalece como un espaldarazo.

Entonces puede abandonar la religión, pierde el temor quizá, pero también adquiere seguridad. Hay otros que no creen y hasta ridiculizan la cuestión religiosa, que no sufren por eso y no tienen dudas al respecto.

La influencia de esos hombres tutores, permite que su juicio crítico se exprese. Logra que abandone la religión, pero no es suficiente para que resuelva el problema de la madre, mucho más arraigado, profundo y arcaico. Ese asunto no fue resuelto nunca de modo radical.

No está muy claro, por lo que se sabe a través de S. P., cuándo fue que abandonó lo relativo a la religión y a la "conducta obsesiva"; él permite suponer que pudo haber sido antes de su trato con los dos tutores; no obstante, eso no parece seguro y puede pensarse que ocurrió cuando percibió la actitud de ellos y fue fortalecido al no sentirse el único equivocado, el malo y pecaminoso, agobiado por los sentimientos de culpa. La figura masculina desempeñó y seguirá desempeñando un papel importante en algunas decisiones de su vida. El caso de su tratamiento con Freud es un ejemplo; pero al mismo tiempo hay que decir que su relación con la mujer mostró una intensidad mayor, al igual que una dependencia más profunda y arraigada, como en el caso de la doctora R. M. Brunswick.

Estos dos tutores, hombres mundanos, interesantes y cultos, con alegría vital, seductores, crearon un impacto en S. P., sin duda. Comparándolos con las mujeres que lo habían educado, que lo rodeaban antes, resultan favorecidos, y un jovencito como él no podría librarse de modo fácil de la fascinación de ambos. No existe paralelismo entre las institutrices, la nana, su madre y esos dos interesantes y alegres tipos.

G) EL PROBLEMA DE LA TRANSFERENCIA

"En tanto que las comunicaciones y las ocurrencias del paciente suceden sin interrupción, no debemos tocar para nada el tema de la transferencia, dejando esta labor, la más espinosa de todas las que se nos plantean en el análisis, para el momento en que la transferencia se haya convertido en resistencia." (Obras completas, t. II, p. 343.)

"Trataríase, pues, de una transferencia de sentimientos sobre la persona del médico, pues no creemos que la situación creada por el tratamiento pueda justificar la génesis de los mismos. Sospechamos más bien que toda esta disposición afectiva tiene un origen distinto, esto es, que existía en el enfermo en estado latente y ha sufrido una transferencia sobre la persona del médico con ocasión del tratamiento analítico. La transferencia puede manifestarse como una intensa exigencia amorosa o en formas más mitigadas." (op. cit., t. II, pp. 277-278.)

"La transferencia surge espontáneamente en todas las relaciones humanas, lo mismo que en la del enfermo y el médico; es, en general, el verdadero substrato de la influenciación terapéutica y actúa con tanta mayor energía cuanto menos se sospecha su existencia. Así, pues, no es el psicoanálisis el que la crea, sino que se limita a revelarla a la conciencia y se apodera de ella para dirigir los procesos psíquicos hacia el fin deseado." (op. cit., t. II, p. 5.)

Obras completas de S. Freud, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.

No cabe duda que para Freud ese problema era uno de los más importantes durante el análisis, si no el que más. De hecho que en el caso de S. P. constituyó una razón eficiente para que iniciara una especie de reanálisis de noviembre de 1919 a febrero de 1920 —cuatro meses— con el objeto de solucionar algunos problemas relativos a la transferencia que no habían sido resueltos de modo suficiente.

No debe extrañar, pues, que a un analista le interese de manera particular lo relativo a la transferencia y lo concerniente a la comprensión, a su empleo, a la explicación de algunos hechos de la vida del Hombre de los Lobos; con mayor razón si se piensa que en el tratamiento de S. P., tanto con Freud como con R. M. Brunswick, fue básica la acción de la transferencia.

La primera pregunta que deseo plantear es la siguiente: ¿Ocurre en el psicoanálisis algo que pueda y deba llamarse así? La respuesta parece simple: sí existe y ocurre algo así. La segunda pregunta va por otro sendero: ¿Lo que ocurre dentro del psicoanálisis, que se conoce como fenómeno de transferencia, es privativo del tratamiento, o bien, se trata de algo que sucede en muchas ocasiones y circunstancias diversas y muy variadas? La respuesta podría ser como sigue: no es privativo del psicoanálisis, puede hallarse algo idéntico o similar en múltiples situaciones vitales y existenciales. Quizá podría afirmarse que en toda situación en la que se encuentren relacionados dos seres humanos, de la naturaleza que sea, casi siempre ocurre un fenómeno que de algún modo puede considerarse como transfe-rencial. Esto es, que como quiera que acontezca la relación y el contacto, sucede que alguien transferirá a otro aspectos irracionales, que no le corresponden de modo preciso y único. Se relaciona así el fenómeno de transferencia con el de la verdad,



la objetividad, la razón y lo racional, la enajenación y, por supuesto, con el amor y la madurez humana.

Como se ve, no resulta fácil establecer distinguos, tampoco limitaciones, y por consiguiente parece necesario estudiar este fenómeno como un acontecimiento que es habitual en la vida del individuo de nuestra época y sociedad.

Supongamos que a un niño de corta edad le pregunta su madre quién es el individuo, hombre, que está situado ante él, y el niño responde: "papá". Está claro que hay un falso reconocimiento, una especie de inmadurez que no permite la identificación adecuada; una incapacidad de percibir los hechos, acontecimientos, cosas y personas como son y lo que son, así como quiénes son. Todo resulta cierto, pero quizá hay algo más: una especie de fenómeno de transferencia, o lo que podría considerarse como tal. Todos los hombres de cierta edad, o de cierta estatura, peso, características humanas, serían "papá". Y no sabemos —yo cuando menos no lo sé— hasta qué edad, o hasta qué punto de objetividad y madurez, correspondiente a tales condiciones, cambia esa situación de modo radical.

Entre algunos grupos de los llamados "salvajes" y "primitivos", sucede que hasta la edad adulta reconocen como papás a todos los hombres mayores de la familia: hermanos del padre, por ejemplo; y todas las mujeres, hermanas de la madre, mayores, son conocidas como mamás. Aquí vale decir que en algunas culturas, más o menos adaptadas, o absorbidas dentro de la cultura llamada occidental, puede hallarse todavía esa forma de trato y esas denominaciones.

Los individuos de la cultura occidental, con cierta frecuencia —no muy rara en verdad— llaman a la esposa "madre"; ella a su vez, llama al esposo "padre", a las hijas, "madre", a los hijos, "padre"; a la esposa o esposo, "hija" o "hijo", respectivamente. De modo que aquí también podrán encontrarse las características que muestran esos fenómenos que se han llamado transferenciales.

Ahora bien, ¿hasta qué punto puede el individuo liberarse de atribuir a otro, semejante a él, caracteres que no le pertenecen? ¿Cuándo se adquiere esa cualidad? ¿Cómo es que un niño va cambiando su modo de ver el mundo —y las cosas y personas que en él existen— en la medida que crece y se convierte en adulto?

Esto podría relacionarse con el criterio que se tenga de la evolución humana ontogénica; esto es, ¿cómo adquiere el pequeño la posibilidad y la cualidad de interesarse y de adherirse, de querer a quienes lo rodean y lo cuidan?

Si se ve la situación de un pequeño hijo dentro de una fami-

lia, no se concibe que ese niño deba querer a los que lo rodean, amarlos, interesarse profundamente por ellos, si no se piensa en que lo educan, lo conducen, lo enseñan y lo inculcan para que acepte ciertos valores, para que haga ciertas cosas, y sienta algunas otras.

Si un padre y una madre cuidan de un pequeño, éste puede aceptar como concedido y axiomático que así deben ser las cosas, que todo debe ocurrir así: cuidarlo, darle lo necesario, preocuparse por él, su salud, su alegría, y todo lo que pueda imaginarse. No tiene por qué querer a sus padres y no tiene por qué preocuparse por ellos, tampoco por qué darles gusto o satisfacciones.

Pero si ellos —los padres— le muestran lo que debe hacer y cómo actuar, el pequeño aprenderá el arte y lo empleará con ellos y con aquellos que se les parezcan. No habrá distinguos claros, por el momento, hasta que adquiera experiencia y sufra algunas frustraciones y decepciones, mismas que le mostrarán algún cambio básico: no siempre podrá obtener de modo gracioso todo lo que necesite, será preciso que haga algo para conseguirlo.

Aprende a querer o a amar por decreto —si se permite la expresión—; no hay una relación directa auténtica, genuina, espontánea, que nazca de él, lo que hará que sienta y comprenda el porqué debe querer. Esto sería algo desvirtuado: querría por ciertas razones, no porque sí, porque hay algo en él, dentro de sí que le pide amar, que lo hace amar.

Entonces, querrá a sus padres, y luego querrá a los otros porque se les parezcan o los odiará porque sean diferentes; o bien, los querrá porque son lo contrario de aquellos a quienes debió querer antes, o bien, los odiará porque se parecen a quienes lo enseñaron a querer después de inculcarlo y de manejarlo con autoridad, por decreto.

No sé si es claro que la relación de los hijos con los padres y la de éstos con aquéllos, están condicionadas por hechos y razones distantes de lo que podría ser el amor en condiciones de madurez. Si así fuera, los seres humanos tendrían que adquirir madurez, objetividad, capacidad de amar productivamente, después de pasar por un periodo invariable de enfrentarse a los seres humanos en situaciones claras de transferencia. Al superar esa condición "normal", podrían convertirse en seres capaces de ver las cosas como son, los hechos de igual forma, las personas de la misma manera y saber así a quién o a quiénes amar.



La transferencia y el amor

Durante el tratamiento psicoanalítico se afirma que ocurren ciertas actitudes, determinada conducta y emociones, que tienen que ver con el hecho de que la persona analizada proyecta, atribuye, transfiere a su analista, y que es indiferente del sexo, de la edad, de los atributos físicos y psíquicos del profesional que lo atiende.

Vale decir que en esa relación y durante el tiempo que dure la misma —y de modo indiferente con el sexo y con las características físicas y psicológicas de ambas personas—, ocurrirá de modo necesario, casi indefectible, el fenómeno llamado transferencia. Cuando este hecho no acontece —afirmaba Freud—, se trata de una situación especial: el analizando es un psicótico, disociado, que no hace transferencia con el psicoanalista; y al hacerse tal afirmación se explica: hay neurosis que son narcisistas y otras de transferencia. En las primeras, que manifiestan esquizofrenia, paranoia y otras afecciones, no puede establecer una relación transferencial el psicoanalizando, por impedimento de la propia enfermedad, de ahí su nombre al clasificarlas. Hay que decir que en la actualidad se ha transformado ese concepto y ya no se le considera fatal y absoluto. Algunos psicoanalistas se dedican a psicoanalizar psicóticos, tanto esquizofrénicos como paranoides o paranoicos.

Si una persona atribuye a otra algo que no le corresponde, que no ha hecho, no ha pensado ni actuado, que nada tiene que ver con esa misma atribución, puede afirmarse que se trata de un acto, afirmación, pensamiento y emoción, irracionales, que equipara el proceder del psicótico, del que vive fuera de la realidad, que carece de objetividad, que lo iguala con el que presenta y sufre alucinaciones o situaciones de carácter delirante; sólo de modo incidental podría asemejarse con quien sufre ilusiones, lo que convertiría su padecimiento en algo moderado —y menos lejano a la realidad— la conducta, la forma de actuar y de pensar.

Parece inobjetable que si se afirma algo que no está ocurriendo, que no existe, que no sucede, debe pensarse que no es cierto, que se está inventando una situación y todo lo que la circunde. No es verdad, no puede demostrarse, es producto de la mente y del pensamiento-emoción de aquel que “sufrir” del fenómeno de transferencia.

La situación en sí puede compararse a lo que desde el punto de vista convencional, habitual, se conoce como psicosis. Al género de cosas que la tradición atribuye a la locura; aunque ya

desde Espinosa, en pleno siglo XVII, se ponía en duda lo justo de la observación absoluta sobre la locura:

“Vemos, en efecto, en ocasiones, afectados los hombres de tal modo por un objeto que, a despecho de su no presencia, creen tenerle ante su vista, y cuando esto le sucede a un hombre que no está dormido, decimos de él que delira o que es insensato. No se juzga menos insensatos, puesto que excitan generalmente la risa, los que se abrasan de Amor, y noche y día no hacen más que soñar con la mujer amada o con una cortesana. Por el contrario, no se cree que deliran ni el avaro que no piensa en otra cosa que en la ganancia y en el dinero, ni el ambicioso únicamente ocupado de su gloria, porque son, por lo común, objeto de pena para los demás y se considera que merecen el Odio. No obstante, en realidad, la Avaricia, la Ambición y la Lujuria, son especies de delirio, aunque no se les coloque en el número de las enfermedades.” (Ética, p. 221, Librería Perlado Edits., Madrid-Buenos Aires, 1940.)

Esta es una concepción nueva, revolucionaria de la locura que quizá podrá ayudarnos a comprender los problemas referentes a la transferencia y su relación con los aspectos socio-culturales, con la realidad misma, la verdad, lo que se ha llamado irracionalidad, y, por supuesto, la locura y la relación analítica convencional.

Veamos si es factible aclarar algo relativo a este punto: cuando un hijo hace lo que su padre quiere, porque éste lo ordena y “tiene la razón siempre”, practica algo de carácter ajeno a su verdadero sentir, o a su pensamiento y a lo que considera verdad. A pesar de esto el hijo cumple con lo que manda el padre. Realiza un acto enajenado, una sensación enajenada o un pensamiento enajenado. Le he llamado en otra parte “algo como construir en un terreno que no le pertenece, del que no tiene la escritura, y resulta claro que al hacerlo así, todo lo que se construya sobre el terreno no es propiedad del que lo hace”; así ocurre con la vida de algunas personas, que de alguna manera construyen sobre arena, y naturalmente que cualquiera que se adjudicara propiedad sobre el terreno podría apoderarse de la casa construida sobre él.

El hijo hace lo que el padre ordena, quiere y le conviene. Éste acepta que su padre tiene razón, con lo que acepta que él no la tiene. Hace lo que otro quiere y ordena, no muestra disgusto o lo oculta, y acaba por racionalizar que el que ordena y manda —el padre en este caso— tiene la razón de su parte, y él estará despojado de ella. Se habrá acostumbrado a que él no tiene potencia sobre su propia vida, sobre sus cosas y sus deseos. Enajenado de sus posibilidades, acabará por actuar así siempre, mientras comprende y siente que hay otra forma de vivir. Habrá entregado la solución de su existencia en manos, en el pensamiento y en la acción de otros.



No conoce otra forma de vivir desde pequeño: obedecer y aceptar que el padre o la madre o ambos, tienen la razón y que hay que obedecerlos y para así sentirse bien, de modo homeostático.

Es habitual en nuestra cultura que se obedezca las órdenes de una autoridad paternal y maternal. Que quien así lo hace es bueno y quien no, malo. Ante esos "valores" oficiales y sociales no pueden afirmarse los otros relacionados con la vida, la independencia, la autoafirmación, la propia realización. Eso sería mal visto y aunque no lo fuera, se está tan impregnado de los sentimientos de culpa, que la vida se haría muy difícil, amarga, depresiva.

Se acepta, pues, que el padre tiene razón, que uno no la tiene, que él es bueno y uno malo, que él piensa y uno no sabe hacerlo. Que la bondad está de parte de él y no de la del hijo. Se acepta la omnipotencia de los padres en los diversos sectores de la personalidad humana, que incluyen: pensamiento, emoción, acción. Si ellos lo tienen todo, los hijos no tienen nada. Se suspende la crítica, la objetividad, el sentido de la realidad y el juicio; se adquiere una sensación de inferioridad y menor valía, de inadecuación.

Cuando se halla el individuo, joven o adulto, ante alguien que representa aquello que tanto lo influyó cuando pequeño, repetirá el mismo modelo de acción, de emoción y pensamiento. Cuando se encuentre ante el psicoanalista, actuará igual; no hay razón alguna, por lo pronto, para actuar en forma distinta de la habitual, de aquella que se le enseñó y que él asimiló tan bien.

El concepto de lo extraño

Un problema que podría tener cierta importancia en lo relativo a la transferencia, sería el concepto de lo extraño; esto es, la idea de que una persona que se presenta para ser tratada, se sienta completamente extraña a la otra, aquella que va a encargarse de su curación, o bien de ayudarla para resolver su problemática vital.

Puede decirse que toda persona es extraña ante otra por muy cercana que sea. Por otra parte, ante el dolor, frente a una decisión, ante la muerte, se está solo aunque pueda verse rodeado de allegados y numerosos seres humanos.

Este concepto de lo extraño podría resultar interesante para entender lo relativo a la transferencia. Si se está siempre ante un extraño, el analista y el paciente serán extraños entre sí en gran medida. Desconocidos, que en alguna circunstancia especial y por condiciones particulares puedan llegar a sentirse cer-

canos entre sí, a considerarse como semejantes, a mostrarse simpatía, afecto y en algunas ocasiones, amor. También las sensaciones y las emociones negativas los ponen en contacto y los hacen cercanos: el odio, la cólera, la envidia.

Nadie tiene derecho a penetrar en la intimidad, en la privacidad, en la mismidad de otro. Pero por si no fuera suficiente esa falta de derecho, existe una cubierta protectora que lo impide o bien, que hace muy difícil el acceso. En realidad, el ser humano invierte un gran esfuerzo, mucha energía durante toda la vida a fin de no ser penetrado, de conservar la cubierta y de que no se levante la puerta del castillo, el puente levadizo, para que no se trasponga el foso protector. Las razones son varias y de seguro difíciles de conocer en su totalidad: la experiencia infantil; el temor de perder el interés o el amor, el respeto, por ser conocidos en lo que podría llamarse la profundidad de cada uno. La experiencia de lo ocurrido durante el periodo anterior de la vida, en la biografía ya sellada de cada uno. La ansiedad de perder el aislamiento y el secreto que fortalece, que sólo cada individuo sabe y oculta temeroso.

Cuando ha sido agredido por simple contacto con otro ser humano, es natural que se actúe en forma precavida, sobre todo si se tiene el criterio de que todo individuo agrede con su presencia, con su misma existencia, sea porque coarta la libertad, juzga, limita el narcisismo absoluto de todo niño-hombre que representa el número uno y que no acepta ser compartido o repartido. Esto último es manifiesto entre los niños, mientras más pequeños, mientras menos numerosos en la familia, mayor. Más intenso en los hijos únicos con toda probabilidad.

Por eso parece un tanto difícil establecer una separación clara entre lo que podría llamarse propiamente transferencia y lo que puede considerarse una actitud existencial, natural, lógica, adecuada y correspondiente. Con esto quiero decir que no es fácil determinar en un momento preciso lo que corresponde a una imagen irracional del psicoanalista, tal como es vista por el paciente, y lo que en realidad ocurre entre esos dos seres que se encuentran de modo accidental para hablar de los problemas de la vida de uno de ellos, que concierne a uno solo, a ese, al que interesa en gran medida, va en busca de ayuda, pagada, de un desconocido, extraño, al que no tendrá oportunidad de conocer en la misma profundidad y en igual nivel que a él lo conocerán. En una relación en la que le exigen sinceridad, carencia de limitación, no reservarse nada. Se encontrará en situación de inferioridad necesaria, ya que él estará desnudo y el otro no. Él pedirá ayuda, no importa que pague por ella. Mostrará durante ese acto que no ha podido resolver la pro-



blemática de su vida, que fracasó al intentar ser feliz, que muestra insuficiencias, inadecuaciones, cosas absurdas, perversiones, pensamientos pecaminosos y "malos", acciones vergonzosas y/o ridículas. En esas condiciones, en tales circunstancias, es que se enfrentará con otro individuo de su misma civilización, a quien le confiere autoridad convencional, ante quien se somete algunas veces, rechaza otras, desconfía casi siempre, y al que puede llegar a odiar de modo intenso.

¿Cómo establecer la diferencia entre lo que se puede llamar o considerar transferencia, de lo que constituye estrictamente la realidad? No me refiero aquí a los fenómenos irracionales que se atribuyen con frecuencia, de modo bastante irreflexivo, a un transferir emociones que tuvieron lugar en la infancia, que fueron motivadas por especiales relaciones y actitudes entre el paciente y las figuras importantes de su casa, de su educación, como padre, madre, hermanos, maestro. No sólo a ellos, sino que la propia relación, como ya dijimos antes, tiene algo peculiar, determinado por la sociedad misma, por la cultura, por la forma de vivir dentro de una sociedad occidental como la nuestra, en la que sería considerado loco, tonto o ingenuo aquel que mostrara una gran confianza a sus semejantes y se les entregara sin restricciones. Esa misma sociedad muestra que al tiempo que hay que desconfiar se debe amar al prójimo como a sí mismo.¹⁴ Ser bondadoso y duro, ayudar a todos y protegerse, amar y cuidarse de los demás. ¿Por qué debe confiar alguien enfermo en otro individuo a quien busca para que lo cure? ¿Cómo podrá hacer para lograr disminuir, si no desaparecer, la desconfianza que aprendió durante todos los años y en todas las ocasiones de su vida pasada?

El analista y el analizando al fin de cuentas son extraños y seguirán siéndolo durante mucho tiempo. El paciente acabará, si mejora, rompiendo esa cubierta que lo protege de todos, y eso si el analista es capaz de demostrar y de convencer a quien tiene enfrente, que merece alguna confianza, que quiere el bien para quien lo buscó, y no sólo por la palabra, sino que se precisa de la actitud, de la acción, de los actos, los que probarán que le importa esa persona, que desea y puede ayudarla, que quizá le muestre un poco de afecto y en ocasiones raras, lo más importante de todo: amor. Esto último, cuando el mismo analista sea capaz de sentirlo, haya roto su propia barrera, no tenga miedo, y pueda llegar a ser incitado a ello. Lo que quiere decir que el profesional debe haberse curado de los mismos problemas generales, humanos, existenciales, que quien vino a buscarlo sufre y de lo que quiere ser curado.

¹⁴ Ver lo que dice Fromm al respecto.

¿Hasta dónde realidad y hasta dónde transferencia? ¿En qué medida protección ante el extraño, el otro?

La transferencia entre Freud y S. P.

Puede sospecharse que luego de conocerse psicoanalista y psicoanalizando, Freud y Sergei, simpatizaron en gran medida; sabemos que Sergei de inmediato aceptó ser tratado por Freud y ya no sintió la necesidad de entrevistarse con Dubois, como había sido el proyecto inicial; S. P. se prendó del analista y —caso extraño en el paciente— no dudó, tampoco luchó entre alternativas, olvidó su habitual forma de cavilar antes de cualquier decisión, y se planteó en esa elección: se quedaría en Viena y se trataría con Freud.

El psicoanalista, en cambio, no es tan explícito al respecto; no obstante, sabemos que se expresó en el curso de la *Historia de una neurosis infantil*, en forma laudatoria en relación con S. P.; también hay que decir que esa misma opinión fue compartida por R. M. B. y M. G. y así fue expresada por ambas.

La actitud de S. P. durante el análisis, se podría calificar de respetuosa, dependiente, sumisa, en los primeros tiempos; luego, cuando Freud enfermó y se aclaró el diagnóstico severo, la actitud de S. P. siguió así, con un agregado de frialdad. Al cambiar la relación, por el hecho de ser protegido económicamente por el mismo que lo analizó, no mostró calor, ni preocupación seria por el estado de salud de Freud, y hay que recordar que en aquella ocasión en que lo vio, después de la primera intervención quirúrgica, demacrado y con aspecto decaído, no mostró dolor. Se marchó de vacaciones después de recoger el dinero que Freud le proporcionaba para ayudarlo; no se desprende, de lo que sabemos, que sufriera alguna pena por él.

La doctora Brunswick dice en relación con este hecho: "Debe recordarse que la primera mirada del paciente dirigida a Freud lo chocó. Mientras se iba, imaginó la posibilidad de que Freud pudiera morir, y en ese caso, lo que sería de su porvenir. Confió en un pequeño legado, pero temió que el monto fuera menor que las sumas que colectaba durante algunos años. Así pues, sería más provechoso que Freud se recuperara. El paciente había obtenido tan grande provecho con la muerte de su padre, que no resulta sorprendente que su expectación por una herencia pudiera triunfar sobre sus cálculos racionales. Como dijo, a pesar de ellos esperaba que la muerte de Freud le trajera algo." (p. 286.)

S. P. le informó a la doctora R. M. B. que durante los meses de análisis con Freud, de 1919-1920, él había querido regresar

a Rusia para salvar su fortuna; Freud estuvo en contra de tal sugestión, y S. P. pensó que el consejo no era motivado por los hechos, sino por su interés en la seguridad del paciente, pensando que se trataría de resistencia al tratamiento, y por su persuasión (?) se quedó en Viena. De cualquier modo culpó francamente a Freud por la pérdida de su fortuna, aunque no pensó en nada intencional de parte de su analista. Cree la doctora que esa actitud, de alguna manera, justificaba la aceptación de ayuda por parte de su doctor. (Ver pp. 282 y 283.)

Por otra parte se sentía el hijo predilecto de Freud, al igual que el único caso analizado durante tanto tiempo, y también el único caso publicado; aparentemente ambas afirmaciones fueron rebatidas por la doctora R. M. B. También explicaba el que Freud lo hubiera enviado con la doctora, asegurando que ella discutía todos los detalles de su caso con Freud, con el objeto de ser aconsejada por él. Como se ve, se trataba de ambivalencia franca.

Durante algunas horas analíticas con la doctora R. M. B. pareció alejarse de la realidad; entonces amenazó con balacear a Freud y a la doctora Brunswick, en virtud de que el Dr. "X" (dermatólogo) había muerto. (Ver p. 290.)

Como se ve, la actitud de S. P. no cambió desde la infancia hasta la juventud y luego durante la madurez. Cuando pequeño hacía berrinches, adoptaba una actitud como de salvaje, muy irritable y hasta incontrolable. Las razones eran varias, lo mismo un regalo olvidado o escamoteado por sus padres, que la acción de la institutriz inglesa contra su nana. Ser lateralizado, no concedérselo lo que deseaba, funcionar como segundo, como subalterno, lo ponía muy mal. Cuando chico, era su hermana y se disputaba el amor del padre, de la madre o de las empleadas de su casa. Cuando mayor, era el "amor" de Freud y el de la doctora Brunswick. Sostenía el odio por quien le había hecho la atrocidad de echarle a perder la nariz que él amaba tanto. Nunca dejó de actuar como niño malcriado y desconsiderado, egoísta; no importa que alguien estuviera muy enfermo, le diera dinero y no le cobrara. Sólo era capaz de verse a sí mismo, su cuerpo, lo que deseaba; lo demás no tenía importancia. Así actuó siempre y no resulta fácil poner todo eso dentro de un aspecto de transferencia.

En cuanto a Freud mismo, su actitud fue de interés franco, de ayuda interminable, alabándolo como "pensador de primer grado".¹⁵

¹⁵ "Lo que me llenó con no poco orgullo, pues desde mi infancia yo había sufrido por la competencia con mi hermana, quien era dos y medio años mayor y muy adelante de mí." (p. 139.)

Dice. S. P.: "Sólo puedo decir que en mi análisis con Freud yo me sentí menos como paciente que como un colaborador, el camarada joven del explorador experimentado, ocupados en el estudio de una tierra nueva y recientemente descubierta." (p. 140.)

Luego afirma: "Este sentimiento de 'trabajar juntos' fue acrecentado por el reconocimiento de Freud de mi comprensión del psicoanálisis, de tal modo que hasta dijo una vez que sería bueno si todos sus discípulos pudiesen aprehender la naturaleza del psicoanálisis tan bien como yo." (p. 140.)

Más aún, "mi re-análisis en 1919 tuvo lugar no a instancias mías, sino por los deseos del Prof. Freud. Cuando le expliqué que yo no podría pagar por este tratamiento, él manifestó su anuencia de analizarme sin remuneración." (p. 142, nota al pie.)

Freud llamó a S. P. "una pieza de psicoanálisis", al igual que si fuera una pieza de arte egipcio, como la que él le obsequió al terminar su primer análisis.

Agradable y afable personalidad, aguda inteligencia, finura, son algunos atributos que su analista le reconoce.

Si reunimos lo que sabemos se puede integrar una visión de esa transferencia: caso prolongado, individuo joven, constante, de mente fina; una patología interesante, inhabitual; persona colaboradora, sumisa, deseosa de encontrar una figura paternal substituta, y de mostrar que era un paciente inmejorable. Campo de estudio amplio y fácil para la teoría freudiana, mostró una docilidad importante; al mismo tiempo la psicodinamia comprobó las hipótesis de Freud, paso a paso, lo mismo síntomas que sueños.

Existe un vacío que no ha podido llenarse al leer la información agregada a la historia original de una neurosis infantil escrita por Freud; la que podría aclararnos aquella frase escrita en las "Notas introductorias": "A pesar de la petición directa del paciente, me abstuve de escribir la historia completa de su enfermedad, de su tratamiento, y de su recuperación, porque reconocí que una tarea así era técnicamente impracticable y socialmente no permisible."

Al revisar el contenido de la nota anterior salta a la vista que S. P. tenía interés en que se publicara todo lo relativo a su historia, de tal modo que Freud anota que él fue quien no hizo caso de la súplica del paciente, él quien se mostró reticente. Eso impide penetrar en la hondura del problema de ese paciente; al mismo tiempo, S. P., R. M. Brunswick y M. Gardiner, tampoco dicen nada que ilustre sobre ello; lo que sella de modo definitivo—al parecer— algunos aspectos de la vida de S. P.

Freud se interesó mucho por él, transmitió el mismo interés



a otras personas, que sintieron ese caso clínico como suyo, por el que debían responder en alguna medida. Freud fue respetuoso con lo relativo a discreción, sigilo, cuidado, preocupación por su porvenir; se preocupó por su salud, por su situación económica, por la de trabajo; lo mismo cuando se necesitó un nuevo terapeuta, un empleo, y ayuda directa con esas libras de sus clientes ingleses, que durante unos seis años proporcionó a S. P. No será una exageración decir que se encariñó con él, que lo protegió y lo trató como a un amigo, como a un hijo quizá, como alguien con cierta significación.

Ahora bien, Freud mostró con su paciente cierta familiaridad que de modo habitual no se permitía y tampoco permitía en otros. Le hizo algunas confesiones en relación con su familia; dijo algunas observaciones respecto del propio paciente que hicieron sentir a éste como algo muy especial dentro del mundo del psicoanálisis y de Freud. Por ejemplo, S. P., en el capítulo de sus recuerdos sobre Freud, dice: "Freud me dijo que él se sentaba en el extremo opuesto del diván, originalmente, de tal modo que el analista y el analizando pudieran mirarse uno al otro. Una paciente femenina, explotando esa situación, hizo todos los posibles —o mejor, todos los imposibles— intentos para seducirlo. Para terminar con algo similar, de una vez por todas, Freud se cambió de su anterior situación al extremo opuesto del diván." (p. 142.)

El otro ejemplo se refiere al relato sobre un hombrecillo de aspecto insignificante, que había buscado la consulta por la queja de depresiones severas; al inquirir sobre su ocupación resultó ser uno de los más grandes comediantes vieneses contemporáneos, de nombre Eisenbach (p. 142).

Aunque de ninguna manera se considera prohibitivo entablar cierta familiaridad con el paciente, Freud insistía mucho que no se hiciera, en sus escritos sobre técnica; y no parece haberlo hecho con otros pacientes. S. P. pudo sentir y estar convencido que Freud era diferente en su trato con él; cuando menos su actitud permite suponerlo.

Para terminar con este capítulo, la relación entre Freud y S. P. fue la de analista-paciente en su aspecto principal; un hombre como Freud no podía lateralizar lo que a él le importaba más: saber, entender, encontrar la verdad.

De ahí que su ocupación principal consistió en analizarlo y tratar de comprenderlo y curarlo. Aplicó, por supuesto, el método que había descubierto y estaba perfeccionando por ese entonces: halló en el curso de su trabajo lo que juzgó de una importancia extrema: el complejo de Edipo invertido y el complejo de castración; la visión del acto sexual primario entre pa-

dre y madre *more ferarum*, observado por S. P. a los dieciocho meses de edad; lo que provocó quizá en su despertar sexual un interés incestuoso, una especie de problema homosexual derivado de su relación con su padre y de la visión del acto sexual primario.

Todo eso se comprobó a través de los sueños, de la afirmación y la aceptación del paciente; de la mejoría parcial que le permitió estudiar, relacionarse con una mujer y casarse con ella; enfrentarse a los embates del destino con una dosis de resignación y adaptarse a una vida mediocre, burocrática, cuidando de su esposa, de su madre y de Fräulein Gaby; perteneciendo en espíritu al mundo de los psicoanalistas, y del psicoanálisis, del que se sintió siempre como uno de los pilares, si no el único, de sustentación.

Freud, por su parte, se mezcló con la neurosis del paciente, tolerando su dependencia, acrecentándola, resolviéndola en la forma que podía hacerlo alguien no psicoanalista. Es curioso advertir que Freud percibió con toda claridad la impotencia, la dependencia, la incapacidad, la actitud infantil de S. P.; y a pesar de ello, se ocupó de los aspectos que a él le parecieron fundamentales: lo relativo al sexo, a los aspectos reprimidos sexuales, sin preocuparse de su situación de soledad, de falta de amor, de necesidad de hallar una figura masculina (él lo fue de modo importante) substitutiva o vicariante de la del padre; la urgencia del amor materno, de depender de ella o de ellas (las sustitutas y subrogadas).

Así que Freud en vez de analizar exhaustivamente la figura del padre, lo fue y ocupó su lugar con ganancia para S. P., sin duda, pero sin resolver el problema de convertirlo en adulto, que no necesitara padre y madre por igual.

Y lo que ya hemos dicho y sobre lo que insistiremos después: al remitir a S. P. con la doctora Brunswick, mostró a su paciente que lo rechazaba por esa vez; al mismo tiempo le encontró alguien que lo hiciera por él y lo hiciera bien; no tomó en cuenta que él, Freud, era una persona de enorme importancia para el paciente, un padre o equivalente, que lo podría haber hecho madurar, que le permitía entrar dentro del mundo masculino, que le representaba fuerza, interés, potencia. Al enviarlo con la doctora, regresaba el alejamiento, el desinterés; lo entregaba al mundo femenino, al que perteneció desde siempre; lo delegó a las mujeres poderosas, fuertes, dominantes, de donde ya no saldría más. Freud no percibió eso, no lo creyó, o bien, no es cierto lo que aquí se dice. Pero un hombre curado, no habría dedicado su vida a cuidar de esas mujeres viejas; su vida tenía otros horizontes: escribir, ejercer las leyes, la pintura; pudo



ocuparse de una sola mujer, a quien amara y que lo amara por él mismo.

Si tratamos de resumir la situación entre S. P. y Freud, habría que decir que la persona autoritaria, que es el creador del psicoanálisis, actuó con S. P. de la única manera que podía hacerlo; S. P. a su vez, sólo podía reaccionar ante un hombre como Freud de la manera que lo hizo, supeditándose a él y dependiendo en forma irracional de esa imagen paternal firme, segura y patriarcal que fue Freud.

Sergei había disputado siempre el amor de sus padres con su hermana; rivalidad que sólo terminó con la muerte de Anna, pero que continuó por cuenta de S. P. ante aquellos que representaban algo similar, cuando la situación podía semejarse o recordarla.

A S. P. le interesaba que lo quisieran a él solo, sin compartir ese cariño. Freud le hizo concebir la esperanza de que fuera el único, el mejor de sus pacientes, aquel del que se había ocupado por más tiempo, del que había escrito un libro, el hijo predilecto del psicoanalista, en una palabra.

Al enviarlo Freud con la doctora R. M. B. lo hizo sufrir el primer golpe, como de rechazo y de desinterés; al decirle que la doctora era una persona muy idónea, al imaginar que ella consultaría con Freud su caso, y luego, al identificarla con la propia madre, desarrolló una especie de liga emocional importante, que hizo que ella pasara a primer término, y que lo curó de algo que parecía muy difícil. Ella ocupó, de ahí en adelante, el lugar de la madre, se le adhirió y su vida se orientó de nuevo hacia la dependencia femenina; curó síntomas graves, enfermando para siempre dentro de su mundo de mujeres. De nuevo falló el padre, traicionándolo.

EL ESTADO GENÉTICO ESTABLE: UNA INTERPRETACIÓN TÉCNICA DE LO QUE ES "VIDA"

Alejandro Cuevas Sosa*

Resumen

SE DISCUTEN los conceptos de Mecanismos de Control Genético (MCG) y de Sistemas de Regulación Genética (SRG), y se señala la naturaleza y significado de la eficiencia en su funcionamiento. Estos sistemas de Regulación Genética, en interacción con el ambiente y como resultado de su alto grado de eficiencia funcional, dan origen a un Sistema Biológico (organismo) al mismo tiempo que establecen y mantienen, a todos los niveles de su organización, su Estado Genético Estable (EGE). Concepto que se presenta como una interpretación técnica de lo que es *vida*. Finalmente, se elabora la relevancia que con el EGE tienen algunos aspectos del Genoma, Desarrollo, Nacimiento, Individualidad Genética, Ciclo y Lapso de Vida, y Evolución.

Introducción

De primera importancia en biología es el ir comprendiendo cada vez mejor no sólo de qué manera están físicamente constituidos los organismos y de qué manera emerge su organización y su propiedad de *vida*, sino también, qué representa en realidad esta condición de vida. Es el propósito de este trabajo ofrecer un análisis general del papel básico que en mi opinión juegan los procesos genéticos y algunos principios biológicos conocidos para sostener la condición que comúnmente es conocida como *vida*,^{1,0} condición que se interpreta y sugiero sea denominada como: "el Estado Genético Estable (EGE)".

Los mecanismos de control genético y los sistemas de regulación genética

Es importante establecer desde este momento un concepto de trabajo de lo que se denomina como Mecanismos de Control Genético y Sistemas de Regulación Genética —conceptos acerca de los cuales no existe un consenso general en la literatura

* Profesor de tiempo completo de la Facultad de Medicina, U.N.A.M. Instituto Mexicano de Psicoanálisis, A. C.

